

Carlos A. Galeano

De diablos negros a diablos blancos

Fundación Universitaria Luis Amigó
E-mail: cgaleano@sembrador.amigomed.edu.co

diálogos
de la comunicación

● Carlos A. Galeano

'Los Negros creen que el diablo es Blanco'

Spencer

I.

La paz, para felicidad de unos y para despecho de otros, tiene múltiples matices. Personalmente no creo en una paz de leche azucarada, en la que todos se visten de blanco y se toman de sus manos mientras sonríen y cantan al unísono. Creo, sí, en una paz multicolor, en una paz en la que la diferencia es celebrada como una afortunada variación.

Mi paz, así como la de blanca leche azucarada, es utópica.

Y agrego, es aún más utópica que aquella. La razón para que piense esto no tiene que ver con que la paz en la que creo sea más soñada e idealizada que aquella otra, pues pienso que la paz en la que creo es más concreta. Mi paz es más utópica simplemente porque aquella otra paz, la blanca, ha sido la que a fuerza de lucha se nos ha impuesto desde tiempos muy anteriores al de nuestros bisabuelos, muy anteriores al de los bisabuelos caribeños, y africanos, y europeos.

La presente ponencia pretende mostrar como la paz multicolor, multiétnica, multicultural, ha sido brutalmente asediada por la monocroma, uniétnica y unicultural del hombre blanco. Es una ponencia que describe la forma en que el Europeo se ha concebido a sí mismo y ha concebido al no Europeo. Expone, de manera bastante general, reflexiones sobre el pensamiento político, simbólico y racial de la civilización que ha sido dominante durante los últimos siglos de la historia de la humanidad.

La ponencia nació tiempo atrás en un doble sentido. De un lado obedece a las ideas que han rondado y rondan por la cabeza del autor, una búsqueda para encontrar y celebrar la diferencia. Del otro lado, y quizás esto sea lo más importante, obedece al sistema de ideas que desde tiempos, que a veces parecen innominables, buscan dar forma al experimento nunca

concluido de identidad cultural latinoamericana. Un proceso que se caracteriza por una tensión continua, a veces álgida, otras veces olvidada, pero siempre caracterizado por la presencia de fuerzas que pugnan hacia extremos diversos.

Hacia un extremo apuntan quienes tienen una concepción indigenista del ser Latinoamericano. Hacia otro apuntan quienes consideran que el paradigma a seguir es el de la cultura venida en principio de Europa y que ahora ha adquirido su 'mejor' forma en los Estados Unidos de Norte América. Hacia otro extremo se dirigen las propuestas de quienes presienten que el futuro de nuestro Sur está fundamentado y determinado por la unión de las razas bronce, negra y blanca que finalmente consolidarán la Raza Cósmica Latino Americana. Un cuarto extremo, aunque no el que agote las alternativas, lo constituye aquel hacia el cual tienden las propuestas de quienes ven el futuro en términos de unión y fusión global de razas y culturas.

La ponencia es bastante general, no tan sólo por las limitantes obvias de cualquier tarea escrita sobre un tema de tal magnitud, sino también porque su desarrollo estará centrado en un momento corto y no amplio de esta historia: poco más de dos siglos; y porque trata de revisar la mirada que del asunto ha tenido una sola de las partes: la del hombre blanco.

La ponencia pretende no ser crítica, al menos en relación con la forma tradicional en que se ha entendido la crítica latinoamericana sobre temas relacionados. Puede decirse, más bien, que es descriptiva y paradójica, pues trata de enunciar y mostrar las contradicciones del imaginario racista de la cultura europea en el período reseñado.

Algunas imágenes fotográficas acompañan la ponencia. Las primeras son testimonio de las formas con las que el hombre blanco ha querido ilustrar y concretar su concepción sobre el otro. Las segundas muestran ejemplos de la actual incorporación al interior de la cultura occidental de las mismas características y costumbres 'bárbaras' que en principio eran rechazadas.

II.

Sabemos que el término 'Bárbaro' se remonta en sus orígenes a la ininteligibilidad que el dialecto de las tribus invasoras suscitaba al oído de los pueblos de la Europa central de los siglos II a V de nuestra era. De los padecimientos que tales invasiones produjeron sobre la población quedó marcado de manera indeleble la concepción de que esos pueblos, además de su incomprensible lenguaje, se caracterizaban por su rusticidad, su falta de cultura, su grosería y tosquedad.

Estas últimas características se constituyeron en referen-

te, no sólo sobre las tribus invasoras, sino además sobre cualquier otro pueblo que poseyera un lenguaje incomprensible para los Europeos. El número de los pueblos bárbaros se amplió enormemente con el descubrimiento y conquista de América y con la consecuente demanda de esclavos para suplir las necesidades que los países colonizadores tenían en nuestros y en otros territorios. Esa amplitud en su número suscitó un fenómeno bastante peculiar: los pueblos bárbaros eran tantos, y el número de sus individuos era de tal magnitud, que resultó bastante práctico al Europeo denominar de tal manera a todo aquel que no fuera como él.

Uno de los capítulos más documentados e interesantes de esta historia de racismo puede ser rastreado al dedillo en el desarrollo de la antropología del siglo XIX, una historia que ha sido justificada, no sólo desde el proyecto de civilización más ambicioso que occidente haya emprendido, sino también desde otras manifestaciones culturales, cómo es el caso de la religión católica misma. Efectivamente, ciencia y religión se fundieron durante largos años para dar prueba de la superioridad de la raza blanca sobre las otras pobladoras del planeta.

Es así como hacia 1770, desde las teorías antropológicas de la Monogénesis, el Alemán Johan Blumenbach y el francés Georges Louis Leclerc, Conde de Buffon, defendían la

tesis de que Adán y Eva habían sido creados blancos, a imagen y semejanza de Dios, y que las otras razas no constituían nada distinto que formas 'degeneradas' de la raza blanca (Harris, 1969:84). Esta tesis parece estar confirmada en las ilustraciones bíblicas, así como también en las pinturas de temas religiosos en las cuales personajes como Adán y Eva, o como Jesús de Nazareth, son representados como pertenecientes a dicha raza.

Unos años más adelante, hacia 1799, las teorías de la Monogénesis fueron debatidas y desplazadas por las de la Poligénesis. De acuerdo con estas, la humanidad no se habría originado de una única raza, sino que más bien se consideraba la existencia de cuatro bloques fundamentales correspondientes a cuatro grandes razas situadas respectivamente en Europa, Asia, América y África. Esta nueva concepción quitó el piso al discurso racista que se atrincheraba en la Biblia y dejó abierta la opción de que nuestros padres originales hubieran podido pertenecer a cualquiera de las cuatro razas asociadas a cada continente.

Una de las teorías que se barajó con mayor fuerza durante la época fue la que dio paso a uno de los más curiosos giros de esta historia. Luego de que la Poligénesis propusiera la 'descabellada' idea de que probablemente no hubiera sido la raza blanca la que hubiera dado su sangre a

Adán y Eva, James Cowd Prichard, 'el más prominente antropólogo Británico de la primera mitad del siglo XIX' (Harris, 1969:94), introdujo la aún más descabellada idea de que Adán y Eva habían sido negros. Descabellada, por supuesto, para los blancos, en el sentido en que para ellos resultaba absurdo considerarse a sí mismo como descendiente de un negro.

El germen de equilibrio racial que pudo haberse desprendido de esta tesis fue hábilmente sustituido por un argumento que de nuevo situó a la raza blanca en una posición privilegiada respecto de las otras. Charles White, un físico Inglés, sostuvo, a partir de evidencias anatómicas, que los cuatro continentes arriba mencionados habían dado lugar a cuatro especies separadas que se clasificaban en un orden decreciente de excelencia. Insistía White en que 'los negros ocupaban un lugar en la "gran cadena de los seres" más cercano a los simios que a los Caucásicos...', y que '...tenían cerebros más pequeños, órganos sexuales más grandes, olor a simios y una inmunidad animal al dolor' (White, 1799. Citado por Harris, 1969:89). De esta manera, la valoración de cercanía a lo divino otorgada a la raza blanca por ser el origen de las otras razas, fue sustituida por una subvaloración de la raza negra por su cercanía a lo animal.

Esta tesis complementa las ideas en las que Prichard

apunta a considerar que 'bajo la influencia de la civilización el hombre se convirtió gradualmente en blanco: "...se debe concluir que el proceso de la Naturaleza en las especies humanas es el de la transmutación de los rasgos negros en aquellos de los Europeos, o la evolución de las características blancas de las razas negras del hombre" (Prichard, 1813. Citado por Harris, 1969:95). De esta manera entró a corregir el error de Blumenbach y Leclerc, quienes consideraban a las razas de segunda línea como degeneración de la raza original. Entonces quedó claro que las razas no degeneraban sino que evolucionaban. En palabras crudas esto quiere decir que la teoría anterior de que las otras razas eran una degeneración de la raza blanca original fue reemplazada por la de que la raza blanca es el producto natural de la evolución de las razas inferiores.

En una línea similar, pero desde la perspectiva de la Escuela Antropológica Norteamericana, se sitúan las concepciones de profesor de anatomía Samuel George Morton. Fundamentado en sus trece tipos de mediciones sobre los cráneos de doscientos setenta y seis muestras representativas de los tipos Caucásicos, Malasianos, Americanos y Etiopes, Morton llegó a la conclusión de que las razas no hacían parte de una única, sino de cuatro especies de humanos diferentes. Nunca pudo, sin embargo, explicar

cómo es que los híbridos de estos cruces eran fértiles (Morton, 1849. Citado por Harris, 1969:90).

A pesar de esta incongruencia, el distinguido profesor de biología y además presidente de la Sociedad Etnográfica de la Gran Bretaña, Thomas H. Huxley, se tomó muy a pecho las ideas de Morton y bajo el encargo de la Oficina para las Colonias diseñó un registro fotográfico que permitiera llegar al establecimiento de 'una serie sistemática de fotografías de las varias razas de hombres comprendidas en los territorios del imperio Británico' (Pultz, 1995:24). En las fotografías obtenidas los sujetos fotografiados -que obviamente no incluyeron especímenes de la raza blanca-, aparecen despojados de sus vestiduras y puestos en relación con varas métricas, con lo que no sólo les es negada la dignidad moral y humana (para la época la imagen de un blanco completamente desnudo hubiera sido moralmente inaceptable), sino que además son convertidos en objetos para ser medidos y analizados.

III.

Continuar con la lista de los prominentes científicos, filósofos, políticos, ecónomos y teólogos Europeos y Norteamericanos que han hecho manifiesta y han dado continuidad a su ideología racista y su clara diferenciación y ca-

tegoría por sobre los que no son blancos, tomaría varias páginas. Un par de ejemplos permitirá entender cómo esta concepción continúa vigente en nuestros días, no propiamente en el mismo tono y vestido que tuviera hace cien o hace ciento cincuenta años, pero sí con el mismo espíritu que busca y encuentra la forma de probar científica u ontológicamente la verdad de tal concepción.

Esta vez la afirmación proviene del filósofo, historiador y esteta italiano Guillo Dorflies. No ha terminado el segundo párrafo de la introducción de su libro *Nuevos Ritos, Nuevos Mitos* (1965), por cierto bastante apreciado en nuestro medio, cuando ya hace manifiesta la concepción ampliamente difundida, no solo en la antropología, sino también en la estética, en la psicología e incluso en la pedagogía, de que los actuales pueblos aborígenes son retrasados: ‘...tenemos los numerosos estudios en torno a las *poblaciones todavía bárbaras*¹, aunque por poco tiempo (de Australia, Nueva Guinea, África, Amazonia)’ (Dorflies, 1965:13).

Resulta obvio en su concepción que las citadas poblaciones no dejarán de ser bárbaras precisamente por que occidente esté dispuesta a cambiar su punto de referencia para valorar lo que sea o no sea ‘civilizado’, sino por que occidente guarda la esperanza de que pronto estos pueblos se integren al mundo civilizado.

La idea europea de los pueblos bárbaros como atrasados también aparece implícitamente desarrollada en las ilustraciones y respectivos comentarios en que Dorflies compara de igual a igual dibujos de adultos prehistóricos, adultos primitivos y niños preescolares (Dorflies, 1965:il.24). El mensaje que allí se desarrolla es que la capacidad representativa y el desarrollo motriz e intelectual de un adulto prehistórico o de un adulto primitivo, plenamente desarrollados, es equivalente a la de un niño preescolar -que debe ser concebido como un niño blanco- apenas en proceso de formación.

Tal vez la forma más brutal que ha tomado este intento de descalificar los pueblos y culturas no occidentales tuvo su explosión a mediados del siglo XX. Efectivamente, durante esos años el hombre blanco ideó y desarrolló una nueva estrategia de clasificación en la que se muestra al hombre blanco como el ideal a ser seguido. Lo brutal de esta versión es que, a diferencia de las anteriores, tiene implícito y hace explícito su interés de borrar cualquier manifestación racial o cultural diferente de la blanca. El nombre de esta versión es bien conocido por ustedes: el desarrollo; o si prefieren, usamos la versión más familiar: el subdesarrollo.

El sentido de erradicación de las formas culturales y sociales de Asia, Africa y América

Latina puede parecer el producto de una paranoia exaltada, sin embargo, hay razones y pruebas para creer en su autenticidad. Luego de que de la noche a la mañana tres continentes hubieran dejado de ser salvajes para ser convertidos en subdesarrollados, las Naciones Unidas firmaron un documento en el que afirman que

‘... hay un sentido en el que el progreso económico acelerado es impensable sin ajustes dolorosos. Las filosofías ancestrales deben ser erradicadas; las viejas instituciones sociales tienen que desintegrarse; los lazos de raza, casta y credo deben romperse...’ (United Nations, 1951; citada por Escobar, 1996:20)

Estos dos últimos ejemplos tienen su estructura original en la categorización que el antropólogo Lewis Henry Morgán hubiera hecho hacia mediados del siglo XIX, en la que definió tres estadios fundamentales del desarrollo humano: Salvaje, Bárbaro y Civilizado; el primero correspondiente al hombre prehistórico, el segundo a los primitivos aborígenes (negros, indígenas, australianos, etc.), y el tercero al hombre blanco. De una manera que bien sabemos nada tiene de inocente, Morgan situó a la raza blanca en un extremo de la triada y señaló lo ‘otro’ como todo lo que estuviera por fuera de lo ‘civilizado’. Una opción que jamás da lugar a plantear la posibilidad del ‘ser otro’ como una vía posi-

ble o aceptable, mucho menos bajo el actual esquema dominante del desarrollo.

El hombre blanco se ha asegurado de que sus concepciones acerca de sí mismo y acerca de los 'otros' sean efectivamente transmitidas y preservadas. Ya se ha mencionado cómo a través de diferentes manifestaciones de su cultura se ha encargado de ello. Una forma menos oculta y más abierta es la que tomó forma durante largos años en la fotografía etnográfica. Lo que se puede observar en las pocas imágenes que su cuidadoso celo ha dejado publicar no es más que una ilustración de las ideas que en su momento han circulado por la cabeza de sus científicos y pensadores.

Si bien el propósito explícito de realizar tales imágenes consistía en formar un catálogo de todos los pueblos que habitaban el planeta, para así lograr conocerlos y valorarlos, en lo implícito de las imágenes se escondieron muchas formas de la política de dominación. Las imágenes muestran los aborígenes, sus vestidos, sus objetos y acciones cotidianas, su ambiente natural, sus jerarquías sociales, sus prácticas religiosas.

Pero también muestran la desnudez de las jóvenes, pornografía que se comerciaba discretamente. Establecen un ángulo de toma que usualmente coloca al fotógrafo por encima del aborígen, relación que diversos autores han se-

ñalado como una clara muestra de la concepción de superioridad Europea. Evidencian la construcción forzada de las poses, con lo que se establecían dos discursos: bien el del salvaje que adoptaba -por fin la compostura europea, o bien el del salvaje, que a pedido y bajo instrucciones del fotógrafo, adopta la pose de salvaje, con la que se muestra cada vez más alejado de la civilización. Cuando las estrategias anteriores no eran suficientes o no se evidenciaba su ideología en la imagen, se complementaba la imagen con un texto que hacía énfasis en características de lo 'grotesco', lo 'burdo', lo 'extraño' y todo aquello que pudiera diferenciar al hombre blanco de tales salvajes.

IV.

Estas ideas han sido ampliamente debatidas, criticadas y defendidas en los círculos de la antropología visual y en la historia, específicamente de la fotografía. No son ellas todas las ideas que se puedan abordar en relación con el asunto. Otra, poco elaborada hasta el momento, es la de que el Europeo diferencia al no Europeo por que este le produce un profundo miedo. Probablemente el Europeo no estará dispuesto a aceptar esta afirmación, pues, entre otras razones, evidenciaría una debilidad que se niega a aceptar como inherente a su raza.

A ese miedo profundo del europeo le debemos la actual

imagen del demonio con cuernos, una imagen que tuvo su origen en la satanización hecha a los 'Bárbaros': aquel que me ataca, que me agrede y pretende sustraerme mis bienes es enviado del demonio, él mismo un demonio, y como lo evidencia en su cuerpo, huele mal y tiene un par de cuernos -dirían los europeos ante la horripilante visión de los invasores con cascos adornados-. Esa imagen del demonio se consolidó y propagó en el Medioevo gracias a la *Divina Comedia* de Dante Alighieri, tomó un segundo aire con las bestias y monstruos descubiertos en las nuevas tierras de América, y se re-editó con algunas de las imágenes de los primeros fotógrafos etnográficos. Demonios, Bárbaros, monstruos y aborígenes han sido uno en la mente del europeo.

A la par del miedo, no obstante, también ha estado presente la fascinación por el otro. Miedo y fascinación le han permitido tener un viaje en sentido opuesto al que hasta ahora hemos relatado. Si el deseo de diferenciarse y dominar le ha permitido mirar hacia afuera, hacia el otro, el miedo y la fascinación le han permitido mirar hacia adentro, hacia el sí mismo. En esa mirada de retorno el Europeo ha hecho un hallazgo abominable, que aún no ha podido aceptar plenamente: aquel demonio, aquel monstruo, aquel bárbaro que rechaza, hace parte de su esencia íntima, está en sí mismo.

La búsqueda del abominable yo del Europeo ha tenido varios actores. Quizás los más reconocidos han sido los literatos malditos. El Marqués de Sade, el Barón Von Masoch, el Conde Lautreamont, Nietzsche y los otros miembros de la constelación de estrellas negras han hecho propuestas en el sentido que el Europeo indague y reconozca como suyos los más oscuros rincones del ser. En las artes también se ha hecho explícita esta búsqueda, fundamentalmente desde el terreno del Surrealismo.

Teniendo como referencia y punto de partida uno de los peores momentos de la cultura occidental, los surrealistas quisieron crear un mundo libre de sus propios paradigmas. Con la evidencia de la Primera Guerra Mundial, comprendieron que su civilización no era precisamente el epítome de la alta cultura. En contra de las actitudes nacionalistas y racistas que tomaban a occidente como modelo por encima y aparte de los demás, los surrealistas se declararon detractores de Europa y la condenaron a la muerte. 'La civilización Latina ha pasado su cenit, y por mi parte demando que evitemos, desanimadamente, cualquier intento de salvarla', declaraba André Breton (Citado por Stich, 1990:15).

Los surrealistas reclamaron las manifestaciones prohibidas de la expresión humana y acogieron la contradicción, la diferencia, la ruptura, la

multiplicidad, la violencia, la disyunción y la incongruencia como parte de sus principios filosóficos. Su actitud no fue, sin embargo, la de un mero pensamiento reaccionario que rechazara las virtudes de la cultura y acogiera sus defectos. Buscaban, en cambio, defender alternativas del ser distintas de las promovidas por la decadente sociedad occidental.

Este pensamiento estético, caracterizado por su crítica ácida a la cultura representativa del blanco, acompañó a su vez a otra corriente de pensamiento que buscaba revalorar lo que antes había sido despreciado. Esta corriente tuvo su desarrollo y mayor florecimiento en las décadas de los sesentas y setentas en los Estados Unidos, pero en realidad sus orígenes se remontan un siglo atrás, cuando el poeta Walt Whitman escribiera en sus *Hojas de Hierba* (1855):

'No dudo que la majestad y la belleza del mundo esté latente en cada partícula del mundo... No dudo que lo esté, incluso más de lo que había supuesto, en las trivialidades, los insectos, las personas comunes, los esclavos, los enanos, las semillas o en la basura rechazada...' (Whitman, 1855. Citado por Sontag, 1977:29).

Estas palabras de Whitman fueron reimprimadas como epígrafe de un libro del fotógrafo Walker Evans. Evans, así como Dorothea Lange, Lisette Model, Robert Frank, y Diane

Arbus, son considerados como los más grandes exponentes de la Fotografía Documental Norteamericana. Sus propuestas se caracterizan por combinar tanto la crítica a los valores de la cultura occidental como la valoración de formas de ser diferentes a la de dicha cultura.

Sus propuestas fueron recibidas de dos maneras diametralmente opuestas. De un lado, el gobierno Norteamericano, en cabeza del senador Joseph P. McCarthy, inició una paranoica persecución a lo que consideraba como una latente amenaza del comunismo al capitalismo de su país. El mundo estaba en plena guerra fría, y no se hizo esperar la persecución a los virtuales enemigos, entre ellos estos, así como otros menos afortunados fotógrafos que tuvieron que afrontar la destrucción de su trabajo, la cárcel e incluso el destierro. A los ojos de los norteamericanos, este período, con justa razón, se constituye en 'uno de los más vergonzosos de la historia de la humanidad' (Gee, 1980:2).

De otro lado, muchas personas al interior de la cultura empezaron a revalorar y adoptar para sí costumbres y formas de vida que previamente habían sido rechazadas. Los fotógrafos registraron las costumbres de estas personas en imágenes que reflejaban desde aspectos tan sencillos como el portar un tocado indígena como prueba de la autenticidad de ser

De diablos negros a diablos blancos

'Americano', hasta otros más complejos que incluyen el hacer explícitas sus prácticas de drogradicción o prácticas sexuales de grupo.

Estas últimas personas han venido a conformar lo que en su momento se denominó como Corriente Contracultural Norteamericana, pero que a partir de la década de los ochenta también se ha convertido en parte integral de la vida de los países europeos. El hipismo, los ocupas, las comunidades gay, lesbianas y bisexuales, los grupos de religiones alternativas y tradicionales, los nudistas y naturistas, los destechados, los primitivistas, las nuevas tribus, así como otros grupos han consolidado una serie de formas de vida que riñen con, y cuestionan duramente, los estándares de vida y cultura occidentales.

En ellos ha encontrado terreno propicio y abonado una propuesta estética, cada vez con mayor cobertura poblacional, que busca dar valor al adorno corporal usado por los pueblos aborígenes, el mismo adorno corporal que años atrás era duramente cuestionado por incivilizado y ajeno a los patrones del blanco. De allí vienen las bien conocidas prácticas del tatuaje y más recientemente las del piercing (perforaciones corporales), así como otras menos conocidas como la cicatrización y el branding (marcación del cuerpo con caules).

Si el asunto fuera meramente estético, el blanco no tendría problema alguno. Pero la verdad es que en ello se esconde más que mera estética: cada vez es más frecuente la reflexión y la ritualización de estas acciones, lo que demuestra que en realidad es un asunto que se está permeando en la estructura profunda de su cultura. Para las generaciones jóvenes el tatuaje, la perforación corporal, la cicatrización inducida, la vida en condiciones elementales y por fuera de la civilización, son asuntos naturales del ser y no actitudes salvajes de pueblos bárbaros. Para ellos, la paz blanca de sus padres se está tornando multicolor.

El que hace unos años era el demonio a ser temido, rechazado y desprestigiado, el otro, ahora hace parte integral del ser del blanco. Ya el hombre blanco no podrá denigrar del 'otro', ni criticar su cultura, ni calificarlo de bárbaro por que ahora es su igual. Pero, ¡prestad atención!, ahora hay que estar atentos a descubrir cual será la próxima estrategia de la elite blanca para justificarse como raza superior, porque el discurso hasta ahora defendido ha quedado sin piso, pues, como en su momento bien lo había anotado Spencer acerca de la creencia de los negros, ahora también nosotros podemos decir que el diablo es blanco.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

Arbus, D. (1972). *Diane Arbus: An Aperture Monograph*. Aperture Foundation, New York.

Dorfles, G. (1965). *Nuevos Ritos, Nuevos Mitos*. Lumen, Barcelona, 1969.

Escobar, A. (1996). *La Invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Norma, Santafé de Bogotá, 1996.

Ewing, W. A. (1994). *El Cuerpo*. Siruela, Madrid, 1996.

Gee, H. (1989). «Photography in Transition: 1950-1960». En: *Decade by Decade*. Bulfinch Press, Boston.

Harris, M. (1969). *The Rise of Anthropological Theory*. Routledge & Keagan Paul, London.

Pultz, J. (1995). *Photography and the Body*. Every Amn Art Library, London.

Sinclair, N. (1996). *The Chamaleon Body*. Humphires Publishers, London.

Sontag, S. (1977). *On Photography*. Billing & Sons, London.

Stich, S. (1990). *Anxious Visions: Surrealist Art*. Abbeville Press, New York.

The Secret Museum of Man-kind. Mannhatan House, New York.